

¿Se interrumpirá el Círculo? Apoyándose en el Misterio de la Resurrección en la Fe

**Ponencia Principal
2017 LCWR Assembly
9 de agosto de 2017**

Dr. Christopher Pramuk

I/ Cuando tenía ocho o nueve años, la música era mi puerta a un mundo de asombro, aprender a tocar el piano mi iniciación en un mundo cargado con el misterio de Dios. Nuestro piano estaba en el sótano. Yo tenía miedo del sótano. Todas las tardes, a regañadientes pero obedientemente, bajaba las escaleras a tientas en la oscuridad, hasta que mis manos encontraban la pequeña lámpara que estaban encima del piano. Un giro para encender y la vieja consola se iluminaba ante mí. Eran momentos de alivio y silencio al sentarme en el banco, eran casi mágicos. Los monstruos se dispersaban y podía respirar de nuevo. Cuando golpeaba los primeros acordes sintiendo los martillos golpear las cuerdas y vibrar a través de mi cuerpo parecía que me disolvía en el sonido, ya no era consciente de mí mismo, en realidad, como un ser separado, observando. El tocar música parecía quitarme el aliento y devolvérmelo al mismo instante. El tiempo se disolvía tocando lo eterno. Yo estaba vivo, enseñándome que esta vida, es estar lleno de luz y gracia. Pero también había oscuridad y presentimiento, al aprender a improvisar y experimentar a través de notas menores y modos disonantes, quizá el piano me enseñó el arte del discernimiento y de la atención. He aquí: ¡la vida vendrá ante ustedes en tantas notas y colores dispares!

Ahora puedo ver cómo el piano fue para mí una especie de refugio. Por refugio no me refiero a una fuga; más bien por refugio me refiero en donde vamos a encontrar nuestro centro. El budismo habla de "refugiarse" en los votos: no como un escape, sino como un compromiso, una disciplina, un conjunto de prácticas encarnadas que dan forma a la totalidad del ser en el mundo; para los judíos los rituales del Sábado; para los musulmanes, el llamado a la oración durante todo el día; para muchos católicos, la Misa y el ritmo de los tiempos litúrgicos; para algunos puede ser la jardinería, la cocina, las excursiones, la pintura; para mí fue, y será, el piano. Con frecuencia recuerdo que de niño cuando mi padre me llamaba desde la parte superior de las escaleras para la cena, yo dejaba de jugar, respiraba hondo y susurraba en el silencioso aire del sótano, "Gracias". A quien imaginaba diciéndolo como un niño de nueve años, no puedo decir con seguridad, pero siempre sentí -y todavía siento- una sensación palpable de "presencia" en el piano, un "algo" o un "alguien" que no era yo al mismo tiempo, sin embargo también se levantaba de mí, llevando mi espíritu en los ritmos del día.

Pero había otro regalo que la música todavía no me había dado, algo que nunca pude anticipar cuando tenía diez años, y esa era la forma en que la música me iniciaría en un sentido de comunidad mucho más grande que yo, que yo era parte de una comunión mucho más oculta, pero no menos poderosa que la que está en la superficie de las cosas, una comunidad de vivos y muertos.

En el verano de 1988, recién salido de la universidad a la edad de 23 años, empaqué mis pertenencias y salí de mi ciudad natal de Lexington, Kentucky para estudiar música en un pequeño colegio budista llamado Instituto Naropa (ahora Universidad Naropa) en Boulder, Colorado. Fue una decisión improbable. Yo era estudiante de pre-medicina y psicología en la Universidad de Kentucky; yo había hecho el examen de ingreso a medicina (MCAT) y estaba bien preparado para inscribirme a la escuela de medicina. (Mis padres, les puedo decir, estaban más que un poco preocupados por su hijo católico que se dirigía a una escuela budista en Boulder, Colorado) Sin embargo, algo en mí era inestable; el anhelo de estudiar música nunca había disminuido. (Debo hacer una pausa aquí para mencionar que algunos años más tarde conocería y me casaría con una estudiante de pre-medicina que es pediatra hoy en día - así que entre nosotros tenemos las artes y las ciencias bastante bien cubiertas). Esto se me ocurre ahora que, la decisión de continuar con la música era una especie de rendirme inconsciente a los movimientos ocultos de la gracia; parece que Dios estaba provocando en mí un deseo particular, aunque no tenía ni idea de a dónde me podría llevar.

Uno de mis primeros cursos en Naropa fue un tour, una enseñanza llamada "Construyendo una Comunidad Vocal" impartida por la profesora invitada la Dr. Ysaye Barnwell, miembro por mucho tiempo del grupo afroamericano a capela Sweet Honey in the Rock (Dulce Miel en la Roca). Durante dos semanas, la Dr. Barnwell llevó a sus 50 o más estudiantes en un viaje intenso y maravilloso a la terrible belleza de la tradición espiritual afroamericana. Una cosa es pensar y hablar *acerca* de la raza y de las relaciones entre razas a través de la línea de color en la academia, la sociedad y la iglesia. Es otra cosa muy distinta acompañar a una gran artista y cuentacuentos que te hunden en el profundo río del negro sufrimiento, resistencia y gracia. Fue en esta clase y, en efecto, en la misma Dra. Barnwell, que me encontré por primera vez con la presencia de Cristo cuya cara era negra, cuya presencia todavía vive (y muere) profundamente en los peligrosos recuerdos de la comunidad afroamericana. Nunca olvidaré el poder inquietante de la voz de la doctora Barnwell; todavía puedo sentir la emoción de nuestro concierto final, durante el cual llevamos a toda la comunidad del campus en la canción y la celebración de la tradición viva que empezamos a aprender juntos.

Thomas Merton observó una vez que los Salmos tienen cierta ventaja sobre el Nuevo Testamento porque los cantamos, lo cual hace vulnerable al texto, de tal manera que la lectura o la escucha pasiva de alguien que lee no es como las narrativas del evangelio. Al cantar los Salmos, dice Merton, "nos abrimos como blancos, que el fuego del cielo pueda alcanzar y consumir". Lo mismo es cierto, lo descubrí con los cánticos espirituales. Negros o blancos, amarillos o cafés, ricos o pobres, pecadores o santos, no puedes esconderte del poder inquietante de los cánticos espirituales. Además, cuando los cantamos juntos nos abrimos *los unos a los otros* en formas que nunca antes nos habríamos arriesgado. ¿Hay algún acto de mayor vulnerabilidad y poder que cantar, con todo el cuerpo y hombro a hombro con otra persona? Cuando tú cantas - "yo volaré lejos" rodeado por otros 5 ó 10 ó 40 ó 50, tú empiezas a creerlo, con alegría, inesperada, en la médula de tus huesos. Mirando hacia atrás puedo decir que fue sólo después de

que se introdujo a los cánticos espirituales que la resurrección del cuerpo dejó de ser una abstracción. Además, en el centro de tales experiencias, la tierna cuestión de cada joven – “¿Quién soy yo?” - se transforma en una pregunta indiscutiblemente más fundamental y más bella: “¿A quién pertenezco?”. El “yo” de la juventud comienza a retroceder en un sentido más amplio al “Nosotros”. Al abrirnos los unos a los otros nos convertimos como *si ya fuéramos, a los ojos de Dios*: seres resucitados, Comunidad Amada, una Nueva Creación. No es de extrañar que la música de la iglesia negra está en el centro mismo del Movimiento por los Derechos Civiles.

II/ En un pequeño libro maravilloso llamado *Música y Teología*, el teólogo y musicólogo de la Universidad Emory, Don Saliers, explora las formas en que el acto de cantar de cara a la opresión “se convierte en un acto político de resistencia a los ídolos y un llamado profético a la transformación del orden de las cosas”. Al describir los cánticos espirituales de los negros, Saliers escribe:

Esta música surge de la lucha, el dolor y el coraje frente a enormes dificultades económicas y sociales. [Nacidas de la fe bíblica, son cantos] de protesta y afirmación. . . que “mueven el alma” y por lo tanto el cuerpo social. Este es el sonido de la teología política. . . No sólo de las palabras, sino del poder de las melodías y la manera en que todo el cuerpo de la comunidad canta las palabras, suena la profunda pasión religiosa de tal teología.

Para las personas de fe, la música, en sí misma “se convierte en una acción teológicamente relevante”, dice Saliers, en cuanto comunica armonía a nuestra libertad para resistir los falsos ídolos de nuestra cultura. En términos teológicos podríamos decir que las palabras, al cantarlas juntas, “ya no seremos/no nos moverá”, se convertirán en sacramentos, instrumentos de presencia real para un pueblo que peregrina junto en la historia. Nuestras emociones se vuelven una con las emociones de Dios, el clamor de Dios por la justicia, aun los mismos sueños que tiene Dios para el mundo.

Pero tengo que confesar que los cánticos espirituales que más han invadido mi imaginación son aquellos que parecen mucho menos seguros de sí mismos, cantos que nos llevan directamente al valle de la sombra de la muerte y nos retienen allí, concediendo sólo los más débiles destellos de estímulo o esperanza.

a/ Quiero morir fácil cuando muera. . . grita la salvación mientras me levanto / Quiero morir fácil cuando muera / cuando muera." "Andar en el agua. . . / Dios va a perturbar el agua..." "A veces me siento como un niño sin madre. . . muy lejos de casa".

b/ "Pronto habré terminado / con los problemas del mundo. . . No más llanto ni lamentos. . . Quiero ver a mi madre. . . [Análisis – cambios mayores / menores]

En las primeras páginas de su extraordinaria narrativa de esclavos, Frederick Douglass describe que al escuchar a sus compañeros esclavos por la noche, cantando

mientras se abrían camino entre los bosques de entre los campos y la casa de la granja – ["haciendo] que los densos viejos bosques, a kilómetros de distancia, reverberarán con sus canciones salvajes, revelando al mismo tiempo la más grande alegría y la más profunda tristeza". "Cada tono era un testimonio contra la esclavitud", escribe, "y una oración a Dios por la liberación de las cadenas. El escuchar de esas notas salvajes siempre deprimía mi espíritu y me llenaba de inefable tristeza. Con frecuencia me encuentro con lágrimas al oírlas. "¿Cuál es el origen de la memoria humana y la experiencia de lo que surge con estos cantos?

En unas cuantas páginas anteriores, Douglass detalla los recuerdos más débiles de su madre que venía a abrazarlo en medio de la noche cuando tenía unos pocos años, arriesgando grandemente su seguridad. Separado de él cuando bebé y vendido a otra plantación a doce millas de distancia, el castigo al que ella se arriesgaba por "no estar en el campo al amanecer" era azotes severos. Sin embargo ella iba. -No recuerdo haber visto a mi madre a la luz del día. Estaba conmigo en la noche. Se acostaba conmigo y me dormía, pero mucho antes de que me despertara ya se había ido. Muy poca comunicación se dio entre nosotros. La muerte pronto terminó lo poco que podíamos tener mientras ella vivía, y con ella, sus penurias y sufrimientos. "Apenas tenía siete años cuando su madre se enfermó gravemente, al joven Frederick se le prohibió visitarla y "recibió la noticia de su muerte", nos dice "con muchas de las mismas emociones probablemente habría sentido la muerte de un extraño", sin embargo, el recuerdo de esas visitas nocturnas permanecieron quemado su conciencia, marcado, al parecer, en su misma carne. Una mujer con todos los demás relatos "desapareció" de la historia de Estados Unidos, una anónima, una nada en nuestra conciencia nacional, sin embargo ¡la madre de Douglass está *Presente!* ¿Por qué buscas a los vivos entre los muertos? Ella no está "allí", está aquí, reclamada por Dios para la comunión entre los vivos. Y así también reclamada por nosotros, cuando le hacemos espacio en nuestra conciencia, cuando nosotros, como Douglass, le damos un nombre, por así decirlo, reclamando su vida, su dignidad sagrada del anonimato.

Escuchen la estructura narrativa de uno de mis cánticos espirituales favoritos: observen cómo nos lleva a ese inquietante espacio liminal entre la muerte y la vida, la pérdida y la misteriosa comunión con los muertos, mientras el narrador observa el coche fúnebre rodando, llevando el cuerpo de su madre - y por favor, si sabes el canto, acompáñame cuando lleguemos al coro:

c/ "¿Se interrumpirá el Círculo?"

W.E.B. Du Bois, en su obra clásica de 1903, *Las almas del folclor negro*, dedica todo un capítulo a lo que él llama "cantos de tristeza". Al escucharlas, dice, es mirar "la expresión más bella de la experiencia humana nacida de este lado de los mares". Aunque "descuidado", "medio despreciado" y "persistentemente mal entendido", los cánticos espirituales, afirma Du Bois, siguen siendo "el mayor regalo del pueblo Negro" a la nación.

A través de toda la tristeza de las Cantos de tristeza [escribe] respiran una esperanza, una fe en la justicia última de las cosas. Las pequeñas cadencias de la

desesperación cambian a menudo para triunfar y tranquilizar la confianza. Algunas veces es la fe en la vida, otras la fe en la muerte, a veces la seguridad de la justicia ilimitada en algún mundo justo del más allá. Pero cualquiera que sea, el significado siempre está claro: que en algún momento, en algún lugar, los hombres juzgarán a los hombres por sus almas y no por el color de su piel. ¿Se justifica tal esperanza? ¿Los cánticos de tristeza cantan la verdad? ¿Se interrumpirá el círculo? ¿Los cantos de tristeza cantan la verdad? ¿Nos atrevemos a imaginar que nuestros trabajos por la justicia y la paz no serán en vano? ¿Nos atrevemos a soñar con un mundo de vida más allá de la tumba?

Hace algo más de dos mil años se hizo una pregunta similar a algunas mujeres en un jardín afuera de la muralla de Jerusalén. Algunos amigos de Jesús habían ido al amanecer para ungir su cadáver según la costumbre judía con especias y aceites perfumados. (Los relatos difieren: Lucas los nombra como María Magdalena, María, la madre de Santiago, Juana y "otras con ellas", Marcos dice María Magdalena, María la madre de Santiago y Salomé, Mateo reporta las dos Marías y Juan nombra sólo a María Magdalena, aunque no está claro si está sola). Pero cuando llegaron al sepulcro, se asombraron al ver que la piedra estaba rodada y el cuerpo de Jesús no estaba. De repente aparecieron "dos hombres con vestiduras deslumbrantes", que preguntaron: "¿Por qué buscan a los vivos entre los muertos?" Visitar cualquier cementerio, quedarse un rato y observar a los que permanecen en silencio junto a los nombres en las tumbas. ¿Qué los tiene allí? ¿La presencia del amado perdura más allá de la muerte? ¿Por qué buscamos a los vivos entre los muertos? La pregunta en sí parece casi burlarse de cualquiera que pretendiera una esperanza tan irracional. "No están aquí" insiste la voz de la razón. "No están en *ninguna parte*." (No olvidemos a los apóstoles que despreciaron los reportes de las mujeres de que Jesús había resucitado). Sin embargo, el corazón que conoció el toque del amado persiste: "*Están aquí*. No puedo ni ver ni tocar su cuerpo, es cierto, pero puedo sentir su presencia".

Decir en un respiro que los muertos no están aquí en la tierra, en este lugar de entierro, puede ser para sugerir en el aliento siguiente que están aquí: simplemente necesitamos saber dónde mirar y cómo escuchar. Cierra los ojos, inclínate al silencio y escucha: la tierra misma recuerda, los antiguos bosques reverberan con sus cantos, tocando nuestra más grande alegría, revelando nuestra más profunda tristeza. He aquí, los árboles susurran, el círculo no está roto; Los cantos de tristeza cantan la verdad.

Y finalmente empecé a comprender por qué los cantos de los esclavos en particular eran tan eficaces para comunicar energía, el coraje de la gente frente a tal racismo sistemático, odio y violencia; la forma en que estos cantos *se inclinan ante el misterio de la fe en la resurrección* despierta en la comunidad creyente una feroz convicción de que nuestras luchas y esperanzas no serán en última instancia en vano. Aunque sólo sea lo que dure un canto, cantar los cánticos espirituales es sentir, conocer experimentalmente, el poder transformador en la fe de la resurrección. Este es el sonido de una teología política que es al mismo tiempo mística y contemplativa en sus raíces más profundas.

Cantar a los muertos olvidados es respirarlos de vuelta a la vida en las fuentes de nuestra creatividad, nuestro compromiso, nuestra esperanza. Ellos no están "allí". Están aquí, con nosotros. Ellos *son* nosotros. Comencé a entender, como escribe el Trabajador Católico Fumi Tosu, que "un pueblo que ya no teme a la muerte es un pueblo que ya no será dócil frente a la opresión".

III/ Quiero compartir una canción si me lo permiten, un canto de tristeza contemporánea para nuestros propios tiempos, una especie de cántico espiritual postmoderno que le habla poderosamente a los sufrimientos actuales del mundo. "Madres de los Desaparecidos" es la última pista del álbum de 1987 de la banda irlandesa de rock U2, *The Joshua Tree*. Inspirado por las experiencias de Bono al viajar por Nicaragua y El Salvador en 1986 durante un período de la brutal guerra civil, la canción ha sido descrita como un profundo "himno a los derechos humanos" y "un lamento simple y doloroso de belleza y Tristeza". Para mí, la canción resuena en el mismo campo de fuerza del recuerdo y esperanza que el relato evangélico de las apariciones de Jesús a sus amigos después de su muerte; la canción se inclina hacia el misterio de la fe en la resurrección, y se atreve a hacerlo desde el punto de vista de las madres que todavía están de este lado del velo, recordando a sus seres queridos perdidos, y buscando justicia.

A medianoche, nuestros hijos e hijas / fueron liquidados y arrebatados de nosotros.

Escucha sus latidos / escuchamos sus latidos.

En el viento oímos su risa / En la lluvia vemos sus lágrimas.

Escucha sus latidos, Escuchamos sus latidos.

La noche cuelga como un prisionero / Estirada sobre negro y azul.

Escucha sus latidos / Escuchamos sus latidos.

En los árboles nuestros hijos están desnudos / A través de las paredes nuestras hijas lloran

Ve sus lágrimas en la lluvia

Obsérvese la mezcla de presencia y ausencia, el testimonio de la fe cernido a través del dolor de las madres – escuchamos sus latidos – y al mismo tiempo el poder implícito – escucha sus latidos.

En 1998, en Chile durante una actuación televisada en vivo, U2 subió a Las Madres al escenario con ellos, cada madre llevaba una fotografía de sus familiares desaparecidos. En medio de la canción, Bono hizo una petición directa al presidente Augusto Pinochet: "Devuelve los muertos a los vivos. Por favor, General Pinochet, dile a estas mujeres dónde están los huesos de sus hijos e hijas. "Quiero sugerir que en un sentido muy real, U2 ya había regresado (muchas veces) a los muertos "de vuelta a los vivos" a través de su grabación Y muchas actuaciones de la canción. En verdad, la palabra "actuación" no encaja muy bien con "Madres de los Desaparecidos"; la palabra "liturgia" es mucho más adecuada, parecida a esos momentos inefables durante la Misa, y especialmente durante el servicio del Viernes Santo, cuando la asamblea entona el gran cántico

espiritual negro "¿Estuviste allí cuando crucificaron a mi Señor?" llamando así a todos aquellos unidos con Cristo en su sufrimiento de vuelta a la presencia de los vivos. En nuestro recuerdo, ¡están "Presentes!" Pero aún más, y me estremezco al decirlo, su presencia tiene vida para dar cuenta de lo que hemos hecho y en lo que hemos fallado. Sus lágrimas, la lluvia, late sobre los techos de nuestras casas. Sus cuerpos pueblan los árboles del bosque. Esto no quiere decir que permanezcamos prisioneros de un pasado impregnado de sangre e irremediable. Más bien es insistir en que el pasado, tanto como podamos y tratemos de "desaparecer", nunca será realmente pasado, sino que siempre estará contenido en el presente, como los cuerpos de los muertos que se convierten en la tierra.

Sugerir que los muertos permanecen con nosotros es peligroso *políticamente* precisamente porque frustra todo poder terrenal que construya su esperanza -una esperanza idólatra- sobre la "desaparición" de toda oposición. De verdad, hay que decir que el testimonio de las Madres de los Desaparecidos precisamente como *madres* no puede ser negado, ni siquiera por los poderes y principados del mundo. Al igual que la unión entre Frederick Douglass y su madre, su memoria es también un vínculo en el pecho, en los huesos y en el vientre que ninguna cámara general o de tortura podría robar. Bono no se entregaba a la hipérbole cuando hablaba de Las Madres a las que las clases políticas dominantes de América Latina temían, "temían a estas mujeres". Para apoyarse en el misterio de la resurrección, la fe como la de las madres -como las mujeres en la tumba vacía- es seguir nuestra intuición más profunda, ya que la noche da paso al amanecer, que la vida reverbera más allá de la muerte, y que el amor perdurará más allá de cualquier poder terrenal para extinguirla.

La esperanza del Cristiano siempre ha sido una esperanza escatológica; nuestras oraciones y cantos, los ritmos del año litúrgico, la reunión alrededor de la mesa eucarística, todo ello nos sumerge en los espacios liminares entre la vida y la muerte, la presencia y la ausencia, la soledad y la solidaridad. Cuando Jesús dice: "Hagan esto en memoria de mí", y nosotros, que somos sus compañeros, compartimos y partimos el pan alrededor de la mesa (su cuerpo roto) y bebemos juntos de la copa de vino (su sangre derramada). Un anticipo, en el misterio, de una gloria oculta que aún está por venir. El Mesías es el redentor *de la historia*, no un ángel desencarnado sino un ser humano de carne y hueso, cuya presencia calma las tormentas que soplan desde todos los infiernos terrenales, y cuya misericordia amorosa asegura que los vivos no se encuentran entre los muertos. "Escucha sus latidos. Escuchamos sus latidos".

Este es nuestro refugio, no fantasía escapista o un sueño de cuento de hadas sin base creíble en la realidad; por el contrario, el milagro de la vida liberada de las cadenas del pecado y de la muerte está arraigado en nuestra más profunda identidad como pueblo de fe, es en donde vamos a encontrar nuestro centro y fortaleza, especialmente cuando el camino a seguir parece muy tenue e incierto. Estamos bajo una nube de testigos, un parentesco con todas las cosas en Dios que podemos afirmar con cierta confianza, no

por cualquier poder clarividente propio, y menos aún por alguna visión política utópica que promete hacernos grandes de nuevo, construir una sociedad perfecta de ley y orden, un mundo purificado de todo lo que está desordenado y sucio. La memoria y la esperanza que tenemos, por el contrario, son dignas de confianza porque hemos llegado a conocer íntimamente, en Cristo, a un Dios que recuerda al más pequeño y a los más olvidados de la historia, un Dios cuyo amor derriba el poder del pecado y la muerte, por lo que podemos atrevernos a vivir de una esperanza que parece imposible ante todas las explicaciones razonables.

IV/ Es importante aclarar, por fin y con tanta claridad como sea posible, la vulnerabilidad de vivir de esta visión de un futuro que todavía no se ve, de amar y conducir a otros a estos espacios liminares entre la vida y la muerte, entre lo que es y lo que todavía es posible.

Cuando Martin Luther King, Jr. dio lo que sería su último discurso público en una iglesia llena de gente en Memphis, habló de las injusticias que sentían los recogedores de basura de la ciudad. Pero si recuerdan, el doctor King fue famosamente más allá de la situación política en Memphis, esa noche habló de su propia muerte, lo inevitable de su propia mortalidad. El reverendo Samuel Kyles, que escuchaba a King a pocos metros de distancia, recordó en una entrevista reciente que "había tenido tantas amenazas de muerte contra su vida, especialmente desde que habló en contra de la guerra en Vietnam. Pero esa noche él habló sobre la muerte mucho más de lo que habíamos oído hablar de ella en mucho tiempo". Kyles dice que King [esa noche] "se predicó a sí mismo a través del miedo a la muerte. Simplemente lo sacó de él mismo. Él sólo... lidió con eso. Y estábamos allí de pie. Era algo como, ¿qué sabía él que nosotros no sabíamos?"

Como a cualquiera, me gustaría vivir una vida larga. La longevidad tiene su lugar. Pero eso, ahora no me preocupa. Sólo quiero hacer la voluntad de Dios. Y Él me permitió subir a la montaña. Y miré por encima. Y vi la Tierra Prometida. Puede que no llegue allí contigo. ¡Pero quiero que sepas esta noche, que nosotros, como pueblo, llegaremos a la Tierra Prometida!

King terminó su sermón en una especie de éxtasis, la asamblea lo levantó con gritos de aliento y dando gracias al momento que se apartaba del podio. El reverendo Kyles recuerda que "muchos de nosotros, hombres adultos, llorábamos. No sabíamos por qué llorábamos. No teníamos forma de saber que ese sería el último discurso de su vida".

¿Qué sabía King que nosotros no sabemos? ¿Qué podía ver que nosotros no podemos ver? ¿Fue la superación por parte de King del miedo a la muerte que finalmente lo hizo, según las potencias políticas reinantes, el "negro más peligroso" de América? Estando en la brecha entre la esperanza y la desesperación, quizá King podía ver y sentir algo de lo que los esclavos sentían cuando se reunían en secreto debajo de los silenciosos aleros en lo profundo de la noche: miren profundamente la "presencia del ahora" y verán no sólo las ruinas del pasado roto, sino también los comienzos de un mundo roto hecho

entero. Aquí está la paradoja distintiva en el corazón del cristianismo: que nuestra fe en la vida al otro lado de la muerte comunica energía a nuestro coraje para trabajar por la justicia de este lado. Como el teólogo jesuita Jon Sobrino declara, "Dios resucitó a un hombre crucificado, y desde entonces hay esperanza para el crucificado".

Pienso ahora en la Hna. Dorothy Stang, asesinada en 2005 por defender a los indígenas pobres en Brasil y atreverse a defender a la tierra que sufre de los estragos del excesivo desarrollo. Lo hizo durante casi 40 años, mucho antes de que el Papa Francisco comprometiera públicamente a la Iglesia Católica global a ese trabajo en defensa del medio ambiente. Estoy pensando en los monjes Trapenses de Tibhirine, secuestrados y asesinados en 1996 durante la brutal guerra argelina, eligiendo quedarse con sus sitiados vecinos musulmanes a pesar de la cercana certidumbre del martirio. Estoy pensando en cuatro misioneros de la caridad, asesinados en Yemen el 4 de marzo del año pasado, junto con otros 12 en el hogar que compartieron con ancianos y enfermos. Como los monjes de Tibhirine, mucho después de que la mayoría huyeron del país, ellos decidieron quedarse y continuar su ministerio. Pienso en las hermanas Paula Merrill y Margaret Held, asesinadas en su casa en Durant, Mississippi, en agosto del año pasado, sus cuerpos se encontraron después de que los compañeros de trabajo se preocuparon cuando las dos mujeres no se presentaron en la Clínica médica en la que realizaban su ministerio. Estoy pensando en sus respectivas congregaciones, las Hermanas de la Caridad de Nazaret y las Hermanas de las Escuelas de San Francisco de Milwaukee, que emitieron una declaración conjunta celebrando la vida de sus compañeras como "mujeres compasivas y llenas de fe" y reiterando su compromiso a la vida y a la abolición de la pena de muerte. "Mantengamos a todos los involucrados en la oración", dijeron.

Pienso en la Hna. Helen Prejean, en abril de este año unió su voz con muchos otros para tratar de detener lo que un periodista llamó el "horror banal" de las ejecuciones llevadas a cabo por el estado de Arkansas – Sor Helen, que sigue enfrentando a una nación de corazón duro no sólo con las contradicciones internas de la pena de muerte, sino también con la conexión inseparable entre su práctica y las prácticas de la esclavitud, la segregación y el racismo institucionalizado; Y más aún cómo la religión se ha utilizado para sancionar la matanza en nombre de Dios. "Miras los patrones", dice. "El cinturón de la Biblia y el cinturón de la muerte son el mismo cinturón." Le preguntaron en una entrevista cómo se enfrenta con el trauma de la muerte, la Hna. Helen dijo: "¿Qué haces con tu dolor, qué haces cuando descubres que las cosas están tan mal y están ejecutando a la gente, que es pobre y no tiene ningún consuelo? Tú tomas esa indignación, tomas ese dolor y tristeza, y trabajas por la justicia, para que otros seres humanos no tengan que experimentar lo mismo". Esto, creo yo, es el sonido de la teología política, que no está lejos del dolor de los cánticos espirituales cantando y orando y actuando por la justicia en el mundo como una expresión de asombro, resistencia y esperanza. Esto es lo que Thomas Merton, citando a Juliana de Norwich, llama sabiduría y el corazón mismo de la fe Cristiana: vivir fiel y amorosamente en el centro mismo de estas contradicciones de nuestro tiempo, sin dejarse superar ni definir por ellas.

Por supuesto, no hay garantías de que abrazar una visión de la vida de este tipo, una "fe en la última justicia de las cosas", no nos hará ver a los tontos. Imaginar un día en que seremos juzgados no por el color de nuestra piel, ni por la suma de nuestras cuentas bancarias, ni por la anatomía de nuestro género, sino por la calidad de nuestro amor y el contenido de nuestro carácter que es arriesgar al amargo desamor y decepción. En la superficie fría de las cosas, todavía estamos muy lejos de tal realidad en la sociedad y en la iglesia. Sin embargo, si el Cielo y la Comunidad Amada son sólo un sueño lejano, visible sólo "a través de un vaso oscuro", entonces por mi parte prefiero vivir de tales sueños que sin ellos. De vez en cuando, tal vez en la tumba de un amado amigo, o tal vez en un sótano oscuro y frío, donde un niño en algún lugar ahora mismo está sentado en el piano para tocar, sueños y visiones de cosas que antes parecían imposibles, tienen una forma de entrar en la realidad.

Tranquilízate, inclínate ante el silencio y siente la presencia de aquellos que se fueron antes que nosotros. En donde quiera que la esperanza del Evangelio "cante la verdad" es una cuestión que cada uno de nosotros solo debe decidir al principio y al final de cada nuevo día, una apuesta puesta a prueba en el viaje de toda una vida de amor y pérdida, pertenencia y redención. Por mi parte llegué a creer que la vida es demasiado corta para jugar en círculos pequeños y cerrados. Sentimos nuestro camino a través de la oscuridad de la fe en la resurrección alcanzando a estrechar las manos de otros. Cantamos en nuestro camino desde el miedo y la vacilación hasta el coraje y la esperanza fresca. Avanzamos juntos por el sendero caminándolo.